

RESEÑAS

BRUN, JEAN.

La mano y el espíritu. Fondo de Cultura Económica, serie Breviarios. México, 1975. 225 pp. (1a. ed. en español.)

De Jean Brun, filósofo que ejerce la docencia en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Dijon, puede decirse poco porque poco se sabe de su pensamiento. En México se conocen dos monografías suyas sobre la filosofía griega (*La Academia y Los Socráticos*), publicadas por Siglo XXI en su serie *Historia de la Filosofía*. Además de esa publicación, parte de su pensamiento está expuesto en el breviario del FCE que incitó a escribir esta reseña. Sí, lo decimos con pleno convencimiento. La lectura de *La mano y el espíritu* acucia el deseo de dar noticia y analizar someramente esta obra. Por el momento no hay otro interés; proponerse la elaboración de un estudio del libro anotado exigiría mucho tiempo para recrearse con su erudición y sopesar su razonamiento e imaginación.

La relación del espíritu con el cuerpo, o con alguna de sus partes privilegiadas (el cerebro, los ojos, etc.), o con alguna de sus funciones (la voz, la sensibilidad, v.g.) es un tema que se pierde en lo que Thomas Mann llamaba “el profundo pozo del pasado”, o en lo que los historiadores que quieren evitar riesgos de ubicación cronológica denominan “la noche de los tiempos”. Es un tema permanente porque se mantiene vivo a través de los siglos y las probabilidades de su demostración han rodado por innumerables e infinitas pistas. J. Brun tiene la virtud de condensar el tiempo diluido en las seculares explicaciones sobre este asunto y también la capacidad de restaurar su vigencia.

El libro tiene dos partes, aunque los editores en lengua española no han tomado en cuenta este importante aspecto. En el índice se suprime la especificación de las dos partes (I, *La comprensión del asir*; II, *El conocimiento por el tacto*), y se procede a ordenar doce capítulos precedidos de una introducción y cerrados por una conclusión.

En la edición original (*Presses Universitaires de France*; París, 1963), los capítulos 1 al VI pertenecen a la primera parte y los otros a la segunda. La traducción es aceptable, aunque se siente limitado el conocimiento lexicológico del español, y la impresión adolece de varios errores tipográficos. En fin, pasando por alto estas minucias, veamos por qué la lectura de este libro incita a que se diga algo de él.

En el primer capítulo, “los sistemas de la mano”, el autor confronta las filosofías de Platón y Aristóteles en la perspectiva de dilucidar el origen de la técnica como una conquista de la mano, “instrumento de instrumentos” que “se mantiene al servicio de la inteligencia, la cual no es otra cosa que el acto que la mueve”. “Hay que decir, pues -afirma Brun-, que propiamente hablando, no es realmente la mano la que maneja, sino el alma que la dirige y que, como tal, es análoga a la mano”. (p. 17) Al recordar que Aristóteles coteja la mano del hombre con la de otros animales, principalmente con la del mono, indica que el filósofo griego “puede ser considerado el padre de la anatomía comparada”. Las referencias al estagirita constituyen pretexto inicial para ingresar a un mundo de información erudita donde sobresalen las ideas de Galeno, de quien extrapola esta observación: “El hombre, hecho para la paz tanto como para la guerra, con sus manos escribe las leyes, erige a los dioses altares y estatuas, construye un navío, fabrica una flauta, una lira, forja un cuchillo, unas tenazas, produce los instrumentos de todas las artes; en sus escritos deja memoria sobre la parte teórica de estas artes, de suerte que gracias a la obra escrita y al uso de las manos podéis conversar con Platón, Aristóteles, Hipócrates y los demás antiguos”. Mas, la evocación de estos sabios griegos y de otros como Herófilo y Erasístrato, le sirve de punto de partida para dar una imagen de las infinitas propiedades de la mano como una “superioridad adquirida u otorgada” * superioridad “que no implica en absoluto idea alguna de finalidad”. (P. 21) Lo otorgado es finalidad naturalista que fluye en las filosofías de Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel, Marx, Maine de Biran, Heidegger y de otros más que no se anotan, en cuyo pensamiento estaba implícita la omnipotencia que posee la mano del hombre. En el otro extremo están la “ontología biológica” de Robinet, las teorías de la evolución y los conceptos transformistas de Darwin, Lamarck, Haeckel, Kapp, Theillard de Chardin, líneas del pensamiento que sustentan las propiedades adquiridas de la mano. Esta

contraposición de lo “adquirido” y “otorgado” se mantiene en gran parte o en la totalidad del libro.

Si en los sistemas de la mano Brun encuentra que el hombre, mediante la técnica, transmite un sentido de las cosas, sentido “del cual es depositario pero no el creador”, en las historias de la mano (cap. 11) centra el debate del naturalismo esbozado por Kant en su opúsculo de 1784 titulado idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita, donde se explica que la historia de la especie humana obedece a la realización de un plan oculto ya que “la naturaleza no hace nada en vano y no es pródiga en el empleo de los medios para alcanzar sus fines”. El hombre, con su razón que le ha provisto la naturaleza, rebasa la disposición mecánica de su existencia animal. Así, “para elevarse de la tosquedad primitiva a la técnica más evolucionada y a la perfección interior, el hombre no puede, pues, contar más que consigo mismo, es decir con su razón y sus manos”. (pp. 30-31)

En tanto que el finalismo especulativo y apriorístico considera a la mano, o a sus propiedades, como un don u otorgamiento de la naturaleza, el evolucionismo emancipa al hombre de todo finalismo, sostiene que todo lo que él posee ha sido obtenido de su pasado y que su mano es la “edopeya” de esta historia, de “esta alquimia natural”. “Tal cambio de perspectiva -dice Brun- no obedece sino a consideraciones exclusivamente científicas que se apoyan sobre la paleontología y la embriología, y se preocupa sobre todo, aunque implícitamente, de subrayar que el homo faber, antepasado del homo sapiens, es un ser fabricante y no un ser fabricado”. (p. 37)

En sus consideraciones sobre el evolucionismo, el autor se detiene pacientemente en las contribuciones fundamentales de Lamarck y Darwin. Filosofía zoológica y El origen de las especies son trabajos que reclaman de él una atención especial. “Indudablemente el término filosofía -dice Brun- tiene quizá todavía aquí alguna probabilidad razonable de ser tomado como un sinónimo de ciencia; pero esto no quiere decir que la zoología que allí se expone se presente también como una filosofía en el sentido clásico del término, filosofía que trata de hacernos creer que es posible descubrir la historia de la organización y del comportamiento de los diferentes seres vivos, incluso el hombre. Por su parte la investigación del origen de las especies, completada por un estudio de los itinerarios de formación de la especie humana, forma parte de un esfuerzo tendiente a integrar al hombre en una historia natural para conferirle -una genealogía mundana susceptible de desembocar en una vocación técnica”. (pp. 37-38)

Al ocuparse de Darwin asienta que este sabio conocía la obra de Charles Bell pero que se colocó en la antípoda de su pensamiento finalista “para hacernos asistir a la evolución de un acto que crea y no a la manifestación de un poder que se descubre”. Asimismo, señala que Darwin dudaba en afirmar que todos los seres vivos descendieran de un prototipo único. Esto equivale a decir que dudaba del monismo, valla que Haeckel pudo franquear, aunque con exageraciones que deben ser consideradas por lo demás no como desviaciones de un punto de partida riguroso, sino como la expresión misma de las intenciones que anima tal teoría”. (p. 51)

El evolucionismo, como historia que incluye el principal episodio de la “liberación de la mano”, se prolonga en la liberación del hombre. “Los evolucionismos de la mano -dice Brun en el capítulo III- desembocan entonces en prometeísmos del utensilio para los cuales no se trata únicamente de comprender la gestación de un órgano; para ellos lo esencial es trabajar en la elaboración de un cuerpo nuevo- el hiperorganismo social verdaderamente nacido en las manos del hombre”. (p. 53)

Con la formulación de la Filosofía del inconsciente -prosigue el autor- E. von Hartmann intentó superar el dualismo naturaleza- espíritu, posición en que convergieron Hegel, Schelling y Schopenhauer. De esta posición explicativa “sacó Ernst Kapp toda su metafísica de la técnica, metafísica que reposa sobre el papel de la mano y de su proyección”, con la intención de demostrar que -según el propio Kant- el hombre inconscientemente traspone la forma, la relación funcional y el comportamiento normal de sus miembros en los objetos que la mano ejecuta, sólo después adquiere conciencia de la analogía que existe entre su mano y él mismo”. (P. 55)

Brun resume el pensamiento de Kapp indicando que sus afirmaciones sobre el papel de la proyección de la mano se sitúan en la perspectiva de una historia psicoanalítica de la tecnología, en la cual “el universo técnico es una proyección de la mano en la medida en que dicho universo trata de elaborar una RED de asideros con la cual el hombre intenta encerrar y comprender el mundo. Y esto, no sólo para dar a la mano la posibilidad de abrazar el campo visual que nos ofrece como otras tantas promesas que la mano no puede cumplir, sino sobre todo para trabajar en la elaboración de ese hiperorganico que constituye la sociedad”.

A Brun le parece paradójico que las herederas directas de estas filosofías de la naturaleza sean las filosofías y las políticas de la técnica “que confieren al útil la función prometeica capaz de hacer del hombre el verdadero creador de la naturaleza”. Sin mencionar específicamente al materialismo dialéctico, afirma que Engels conocía perfectamente las obras de Darwin y Haeckel, ya que en su pensamiento —dice Brun— “volvemos a encontrar la idea darwinista de la liberación de la mano completada por la idea nueva de que la mano es igualmente el producto del trabajo humano”. Si como pretende Engels -agrega- “la mano no es sólo el órgano del trabajo sino también el producto de éste, puede decirse que la evolución y la historia nos ofrecen el espectáculo de la ascensión del hombre debida al hecho de que este es el único ser vivo que ha sido capaz de encargarse de sí mismo”. Su glosa sobre el materialismo dialéctico se complementa con extrapolaciones de los textos de Marx y del vietnamita Tran-Duc-Thao.

Para concluir su reflexión sobre las proyecciones de la mano, Brun vuelve al pensamiento de Kapp con el fin de plantear una posibilidad que revela gran inquietud: “Puesto que fue la mano la que dio al hombre, habrá una gran tentación de decir que el hombre debe, a su vez, darse a la mano y a la praxis. El problema es entonces saber si los prometeísmos del útil, que hicieron de la mano ese momento de la evolución en que se operó la vuelta del hombre sobre sí mismo, no corren el peligro de transformarse en histerismos de la mano en los cuales ésta puede volverse contra el hombre queriendo liquidarlo”. (p. 67)

Además del evolucionismo que concede un lugar privilegiado a la mano en esa epopeya de la cual procedería el hombre, según Brun “existe otra tentativa para leer en la mano la edad y el sentido del mundo”. Después de afirmar que las pretensiones de los quirománticos pueden considerarse como vanas tentativas más o menos supersticiosas, sostiene que no puede dejarse de reflexionar en cuanto al sentido de sus intenciones. Con este criterio resume la propagación de las prácticas quirománticas en Oriente, Medio Oriente, Grecia, la Edad Media y los tiempos modernos para detenerse en Hegel. De su Fenomenología del Espíritu, transcribe: “... después del órgano de la palabra, la mano es el mejor medio por el cual el hombre llega a manifestarse y a actualizarse efectivamente. La mano es el artífice animado de su fortuna; puede decirse de ella que es lo que el hombre hace, ya que en la mano, el órgano activo de su pensamiento, está el hombre presente como fuerza animadora y, puesto que es originalmente su propio destino, la mano expresará, por lo tanto, este en-sí”. De la misma Fenomenología extrae este otro texto: “Las líneas simples de la mano, por lo tanto, el timbre y el volumen de la voz, así como la determinación individual del lenguaje —y también este mismo lenguaje, en tanto que al recibir de la mano una existencia más fija y más sólida que la que tenía por la voz, deviene escritura y más precisamente escritura manuscrita-, todo esto es una expresión del interior, de suerte que esta expresión, como exterioridad simple, se encuentra una vez más ante la exterioridad multiforme de la acción y del destino, respecto de la cual se comporta como un interior”. Mas, al criticar a Hegel, Brun hace ver que el filósofo no consideró la transformación humana del mundo, como tampoco la huella que dejan los oficios, el moldeamiento del individuo por su clase social, las marcas de la época y el peso del mundo que configuran en la mano “un mapa que incita a descifrar los diferentes itinerarios que ha seguido quien la posee”. (pp. 87-90)

El interés de Brun es contagioso. Parte del sólido razonamiento especulativo de Aristóteles; pasa por la criba de la ciencia fraguada en el evolucionismo y llega a las creencias más o menos supersticiosas de la quiremancia. Esta es una etapa de su discurso porque, como él mismo dice, “evolucionismo y quiremancia van a encontrarse en el hecho de que los des le piden a la mano que descubra el origen del hombre y el secreto del tiempo” (p. 93). La etapa culmina con la soteriología, promesa de redención y promoción del hombre. El capítulo VI trata de la vocación soteriológica que le sirve de pauta para comparar la iconografía y la liturgia, actividades que “hacen de la mano una especie de intermediario entre el hombre y Dios”. (p. 103) En ambas actividades -la una impresa para permanecer en el espacio, la otra viva para perdurar en el

tiempo-, la mano divina “posee el poder de crear, de castigar o de salvar”; en las ceremonias de imposición de manos, por ejemplo la bendición, “la mano asegura el enlace de una fuerza y de una ayuda sagradas”, en tanto que en la investidura del poder, la mano es cetro real y símbolo de justicia.

La claridad explicativa de Brun no debe hacernos pensar que él se quede en los arcanos de la soteriología. Brun es hijo de nuestro tiempo científico y tecnológico; por ello hará ver que “de todos modos la mano sigue siendo un simple intermediario entre las fuerzas humanas y las fuerzas sobrenaturales de que es depositaria y sólo ella puede transmitir; la técnica ha sido por el contrario un esfuerzo precedente del hombre para conferir a la mano una omnipotencia debida a él solo y no a alguna trascendencia”. Esta contraposición de la mano y la técnica le llevará a sostener que “Marx espera de la técnica mucho más que una liberación económica y social del hombre, mucho más que una promoción de todos aquellos a los que el egoísmo y la sed de poder han reducido a la condición de bestias de carga; espera de ella una liberación de orden existencial y una promoción de orden ontológico de donde habrá de nacer el hombre total” (p. 113). Este pensamiento no es único; coincide en más de un punto con el de Theillard de Chardin, “precisamente porque el materialismo histórico y el evolucionismo son gnosticismos del tiempo (...) Uno y otro hacen finalmente de la técnica un verdadero proceso existencias y ontológico, coronado por una soteriología donde la proyección orgánica remata hipostasiándose en el hiperorganismo social; hiperorganismo que tiene los mandos de la Historia y de la Vida, es decir los del tiempo”. (p. 118)

En la segunda parte de su libro se revierte la relación para otorgar “anterioridad al homo sapiens sobre el homo faber que, sin inteligencia, jamás habría sido un artesano”. Fundado en esta anterioridad, Brun rechaza dos equívocos: que habría animales capaces de utilizar utensilios rudimentarios; que la naturaleza contiene utensilios en espera de que el hombre los tome y aproveche. Para apuntalar su rechazo recurre al pensamiento de fisiólogos, anatomistas, filósofos y psicólogos. Sobre los experimentos y entrenamientos que se hacen con monos antropoideos en el manejo de objetos y herramientas, dice “(...) jamás han dejado en reserva tales instrumentos, en previsión de un futuro en el que podrían utilizarlos de nuevo, prueba ésta de que la noción de ‘situación’ les es completamente ajena y que no existe para ellos más que un entorno”. Y es que la mano en los animales carece de vocación cognoscitiva y transformadora. Sólo la mano del hombre puede tomar el mundo que le rodea y hacer que el hombre conozca a través de ella. En ese conocimiento radica la posibilidad transformadora utilizando para ello herramientas que son mediaciones del saber. “En la naturaleza no hay ni martillo ni palanca –dice Brun-; hay hombres que martillan y, al hacerlo, hacen martillos; ningún palo es una palanca antes de haber sido utilizado por la mano del hombre para tal uso”. (p. 123)

La mano, escribe en el capítulo VIII, “es como un puente echado por encima de las distancias, y los utensilios y las máquinas en que se proyecta, constituyen otras tantas empresas para conquistar un espacio que la técnica trata de transformar de marco de desposeimiento en campo de proyección. Con todo, queda una distancia que ninguna obra suprime ni trasciende ninguna máquina: el intervalo que separa unas de otras a las conciencias. Tal es precisamente la distancia que explora la mano que toca y que aparece así como el verdadero órgano de la existencia haciendo la dramática experiencia de la separación” (p. 129). En esta experiencia finca la significación del tacto que, según conceptos citados de Maine de Biran, el tacto es el único sentido “que ya a buscar a su objeto cuya acción no puede jamás adelantársela”. No obstante este rasgo característico, el tacto no es igual que la palpación. En términos de Maine de Biran, comentados por Brun, el palpar implica la voluntad y el deseo de seguir una superficie y de adaptarse a una forma. No es un simple tocar otra superficie, lo cual conlleva enfrentamiento y antagonismo; lejos de todo ello, la palpación ausculta, por decirlo así, el cuerpo extraño. “A esto se debe -dice el autor- que la mano que palpa sea una mano que explora un contorno, tantea una consistencia, roza una superficie, ciñe un volumen, sopesa un peso, descubre o aprecia un calor”. A diferencia del ojo que puede ver sin ser visto, o el oído que oye sin que lo oigan, la mano no puede tocar sin ser tocada. Por la mano que toca, el yo va hacia el otro; por su mano tocada vuelve hacia sí mismo. “En este intervalo se encuentra toda la distancia del mundo”, (p. 136) concluye Brun.

Su pensamiento remonta mayores alturas en el capítulo IX. El tema de la mano y la forma incorpora materiales de la ciencia, la filosofía y la imaginación para darles consistencia interdisciplinaria. Brun compendia lo principal de la anatomía y de la fisiología de la mano, nos remite a la mitología, a la tradición religiosa, a la Biblia, al esoterismo, al razonamiento filosófico, en fin, a una atmósfera de erudición que no se acomoda en los límites de una reseña. Este capítulo, por sí solo, constituye una totalidad que conmueve por su armonía discursiva y su fuerza poética.

La mano es el único de nuestros órganos que puede deformarse al amoldarse. Posee el privilegio eminente de tomar la forma de lo que toca. Se forma, se deforma y reforma sin transformarse, sin dejar de ser ella y no otra entidad anatómica o funcional. La mano es lo único del cuerpo que tiene la capacidad de ahuecarse sin la intervención de una presión ajena. El tomar forma, o dejar la forma por ausencia de la mano, tiene alcances de acto metafísico. Entra en relación con una presencia que en reciprocidad la toca y de la cual conserva sólo su apariencia. Por ello, si la mano que toca y es tocada no vuelve vacía, lleva la marca invisible de la forma que ha conocido sin poder retenerla, no porque esta forma haya logrado escapar, sino porque da acceso a lo que permanece inasequible". (p. 165) Brun vuelve a Aristóteles porque al conservar la ausencia y perder la presencia de la forma, la mano que palpa y se amolda trata de entrar en contacto con la esencia que para Aristóteles equivale a la forma. "Ahora bien, afirma Brun, la forma es también lo que está precisamente en el alma" y repitiendo a Aristóteles, transcribe su texto "no es la piedra lo que está en el alma, sino su forma, tanto que el alma es como la mano".

Pero la mano no es sólo como el alma, o como una matriz donde se alojan forma y vida, sino que sabe de sus movimientos, de sus ritmos, de sus gestos que tienen la posibilidad de dejar un rastro que los ojos pueden seguir o que otras manos pueden palpar. Escribir, dibujar, equivale a encarnar la danza de la mano para darle permanencia en el tiempo y fijeza en una materia que ocupa un lugar del espacio. Mas, la mano, antes y después de conectar la inercia con la acción y de despertar la forma en la materia, permanece siempre vacía y desnuda.

En el capítulo X, dedicado a examinar el significado de la caricia, Brun glosa el trabajo *Dos exclusivas del hombre*. La mano y el tiempo, de José Gaos, para decir que la caricia, por sus diferentes formas y significaciones, descubre la condición del hombre como ser en el mundo. La caricia, al devolver al otro una calma que ha perdido, "aparece así como un refugio y un puerto que acogen a aquel que está, literalmente, fuera de sí". Este acto de devolución cambia en "gesto de quien quiere compartir con el otro la soledad en que este último se desespera", y también pasa a ser signo de consuelo, como en Edipo que implora a Creonte: "Haz un signo de asentimiento, hombre generoso, tócame con tu mano".

Acariciar es ejercer un verbo silencioso que exige hacerse carne para decir "estoy aquí, me pongo contigo en el mismo lugar". (p. 175) Para explicar la muda fuerza de la caricia el autor recurre a Sófocles, Esquilo, Eurípides; a Leibnitz, Scheler, Sartre, de cuyo pensamiento extrae expresiones metafísicas y giros poéticos de extraordinario valor. Vuelve a Gaos para relacionar la vida amorosa y transcribe: "las caricias son, en el amor sexual, un elemento extra o suprasexual; la caricia, en lugar de ser lo sexual, es por el contrario lo no sexual en lo sexual". Este juego de conceptos, en términos de Sartre, tiene una connotación ontológica más precisa: "La caricia hace nacer a Otro como para mí y para él mismo". Mas, si al acariciar tocamos, ese tacto que es sólo de la piel rebasa lo carnal hasta llevarnos a acariciar un sueño o incluso un ideal. (p. 184)

El ojo y la mano hacen un binomio de privilegios cuestionados. ¿Vale más una forma que se ve a distancia o una forma que retenemos en las manos? El núcleo dilemático se atenuará "desde el momento en que se tenga en cuenta que la forma es la única cosa accesible a dos sentidos diferentes". El penúltimo capítulo del libro está escrito para analizar la relación del ojo y de la mano, así como la autonomía de estos órganos, "situación a la vez trivial y profunda". El ojo que comprende la extensión la pierde al mismo tiempo y no acepta sino una perspectiva; la mano que vaga por el espacio lo conoce en el sentido en que se dice que un hombre conoce el hambre, la miseria o el sufrimiento. Por ello, "en tanto que el ojo no puede mirar más allá del horizonte que trata de conquistar y es incapaz de remedar lo que no ve, la mano tiene el único privilegio de dar forma a lo informe y de esbozar, por el gesto que graba, una vía de acceso hacia aquello en pos de lo que finalmente va, a sabor, lo intangible". (p. 195)

Lo inefable y lo intangible constituyen el tema del último capítulo. El autor acota una transcripción del Libro II, cap. XII, de los Ensayos de Montaigne: “

¿Qué decir de las manos? Requerimos, prometernos, llamamos, despedirnos, amenazamos, pedimos, suplicamos, negamos, rechazamos, interrogamos, admiramos, enumeramos, confesamos, nos arrepentimos, tenemos, nos avergonzamos, dudamos, instruimos, mandamos, incitamos, alentamos, juramos, atestiguamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desafiamos, mostramos despecho, lisonjamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos, befamos, reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, nos regocijamos, complacemos, nos entristecemos, nos inquietamos, desesperamos, nos asombramos, exclamamos, callamos: ¿y qué no hacemos?, cosas todas de una variación y multiplicación a porfía con la lengua.”

Lo que hacen las manos es lo que dice la lengua; sin embargo, “de la misma importancia del lenguaje brota lo inefable, y el silencio al que vuelve la palabra está preñado de toda la inasequible dimensión de lo por decir; de la misma importancia de la mano brota lo intangible y el reposo al que ésta vuelve está preñado de toda la inaccesible distancia de lo que deja perder”. Estos abismos cercenantes de la capacidad humana, como en otros pasajes del libro, se nutren del lenguaje de los poetas (Holderlin, Rilke, Valery) o de filósofos (Platón, Descartes, Heidegger), como se nutren los alegatos de los argumentos más sólidos para probar hechos y derechos. Sin embargo, y a pesar de la elocuencia del lenguaje oral o corporal, el autor termina afirmando que “todos los verbos de la mano acaban remitiéndonos a lo inasequible, del mismo modo que las palabras nos remiten a lo inefable”, itinerario en el cual se inscribe el interminable y exaltante trabajo de la mano.

El libro, prácticamente ha concluido; sin embargo su autor le agrega una conclusión bajo el título de “la mano y la existencia”. El contenido de este apartado es pertinente porque en él se recogen los hilos principales que se han trenzado en el discurso, pero no es necesario para comprender los aspectos que tocan, graban y ponen en movimiento la mano y el espíritu de lean Brun.

MARIO MIRANDA PACHECO.

* Todos los subrayados que aparecen en esta reseña pertenecen a l. Brun. (N. de j. A.).